



**LA PRÁCTICA DE
LA PIEDAD**

JERRY BRIDGES

LA PRÁCTICA DE LA PIEDAD

Publicaciones Faro de Gracia

P.O. Box 1043

Graham, NC 27253

www.farodegracia.org

ISBN 978-1-629462-76-9

Originally published in English in the U.S.A. under the title: *Practice of Godliness*, by Jerry Bridges Copyright © 1983, 1996, 2008 by Jerry Bridges. Spanish edition © 2021 by Publicaciones Faro de Gracia with permission of NavPress. All rights reserved. Represented by Tyndale House Publishers, Inc.

©2021 Publicaciones Faro de Gracia. Traducción al español realizada por Paula Bautista; edición de texto, diseño de la portada y las páginas por Francisco Adolfo Hernández Aceves. Todos los Derechos Reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio — electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o cualquier otro— excepto por breves citas en revistas impresas, sin permiso previo del editor.

©Las citas bíblicas son tomadas de la Versión Reina-Valera ©1960, Sociedades Bíblicas en América Latina. © renovada 1988, Sociedades Bíblicas Unidas, a menos que sea notado como otra versión. Utilizado con permiso.

LA PRÁCTICA DE LA PIEDAD

JERRY BRIDGES



*A mi difunta esposa, Eleanor (1929-1988),
la misericordiosa provisión que Dios me dio como ayuda
idónea*

Contenido

La Práctica De La Piedad

Prefacio

Capítulo uno: Provechosa Para Todo

Capítulo dos: Devoción A Dios

Capítulo tres: Ejercítate Para La Piedad

Capítulo cuatro: En Busca De Una Devoción Más Profunda

Capítulo cinco: Revestirse Del Carácter De Dios

Capítulo seis: Humildad

Capítulo siete: Contentamiento

Capítulo ocho: Gratitud

Capítulo nueve: Gozo

Capítulo diez: Santidad

Capítulo once: Dominio Propio

Capítulo doce: Fidelidad

Capítulo trece: Paz

Capítulo catorce: Paciencia

Capítulo quince: Benignidad

Capítulo dieciséis: Bondad Y Benevolencia

Capítulo diecisiete: Amor

Capítulo dieciocho: Alcanzar La Meta

Guía De Estudio

Cómo Usar Esta Guía De Estudio

Lección uno: El Fundamento De La Piedad (Capítulos uno y dos).

Lección dos: Creciendo En La Piedad (Capítulos tres y cuatro).

Lección tres: Desarrollando Un Carácter Piadoso (Capítulo cinco).

Lección cuatro: Humildad (Capítulo seis).

Lección cinco: Contentamiento Y Gratitud (Capítulos siete y ocho).

Lección seis: Gozo (Capítulo nueve).

Lección siete: Santidad (Capítulo diez).

Lección ocho: Dominio Propio Y Fidelidad (Capítulos once y doce).

Lección nueve: Paz (Capítulo trece).

Lección diez: Paciencia Y Benignidad (Capítulos catorce y quince).

Lección once: Bondad Y Benevolencia (Capítulo dieciséis).

Lección doce: Amor (Capítulos diecisiete y dieciocho).

Otros Títulos De Publicaciones Faro De Gracia

La Práctica De La Piedad

Prefacio

Este libro es la secuela de un libro anterior, *En pos de la santidad*.

En Efesios 4:20-24, Pablo nos exhorta a despojarnos del viejo hombre y vestirnos del nuevo hombre. *En pos de la santidad* abordó principalmente la parte de despojarnos del viejo yo —lidiar con el pecado en nuestras vidas. *La práctica de la piedad* se enfoca en vestirnos del nuevo yo — crecer en el carácter cristiano.

La lista más conocida de cualidades del carácter cristiano son los nueve rasgos enumerados en Gálatas 5:22-23, que Pablo llama el fruto del Espíritu. Pero hay otras listas en pasajes como Colosenses 3:12-16, Efesios 4:2-3 y 32, Santiago 3:17 y 2 Pedro 1:5-7 que son igual de importantes para nuestra comprensión de lo que constituye el carácter cristiano. He incorporado la mayoría de esos pasajes en esta serie de estudios.

Durante el proceso de elaborar una serie de estudios bíblicos sobre las cualidades del carácter cristiano, el tema de la piedad cautivó mi interés. A medida que mi conocimiento del tema crecía, llegué a estar convencido de que cualquier análisis del carácter cristiano estaría incompleto si no incluye un estudio sobre la piedad.

La piedad es más que el carácter cristiano. Esta abarca la totalidad de la vida cristiana y proporciona el fundamento sobre el cual se construye el carácter cristiano. Por eso los primeros cuatro capítulos abordan el tema general de la piedad, y los demás capítulos consideran rasgos importantes del carácter de la persona piadosa.

El orden en que aparecen los estudios de los distintos rasgos del carácter es deliberado. Los primeros cuatro — humildad, contentamiento, gratitud y gozo— se refieren principalmente a nuestra relación con Dios. El siguiente grupo de tres —santidad, dominio propio y fidelidad—son cualidades que requieren que seamos estrictos con nosotros mismos. Los últimos seis —paz, paciencia, benignidad, bondad, benevolencia y amor— son cualidades que nos capacitan para tratar con misericordia y ternura a los demás. Estas dos últimas divisiones reflejan la aparente dicotomía del carácter cristiano: firmeza con nosotros mismos y ternura hacia los demás. Solo el Espíritu Santo puede crear esa hermosa diversidad de firmeza y ternura dentro de una misma personalidad humana.

La variedad de temas que aborda un libro como este requiere que cada uno sea considerado solo de forma breve. Mi objetivo es crear consciencia de lo importante que es cada uno de estos aspectos de la piedad y proporcionar algunas sugerencias prácticas para crecer en ellos. Espero que muchos lectores sean estimulados a estudiar con mayor profundidad algunos de los temas que más les interesen.

Al estudiar sobre la piedad y el carácter cristiano, me sorprendió encontrar muy poco que se haya escrito previamente sobre estos temas. En consecuencia, he tenido que explorar nuevos caminos en algunas áreas. El no contar con escritos de generaciones previas, me ha hecho recurrir aun más a las Escrituras. Mi única capacitación para presentar estos estudios, por tanto, es el resultado de treinta años de estudio bíblico personal usando métodos y herramientas disponibles para cualquier hombre común.

Siento algo de ansiedad al encargarme la impresión de estos estudios debido a la advertencia de Santiago: «Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo

que recibiremos mayor condenación» (Santiago 3:1). Soy muy consciente de la necesidad en mi propia vida de mayor crecimiento en muchas de las áreas que este libro aborda. Sin embargo, mi oración es que tanto el autor como los lectores crezcamos juntos a medida que practicamos la piedad.

Más que leerse, este libro debería estudiarse. A fin de facilitar el estudio, he preparado una guía de discusión para usar junto con el libro. Aunque el libro en sí está completo, el uso del estudio bíblico complementario permitirá al lector y estudiante obtener una mejor comprensión de las verdades escriturales enseñadas.

Estoy profundamente en deuda con el equipo de NavPress por el ánimo que me han dado para escribir este libro y por su ayuda al preparar el manuscrito para la producción final.

Capítulo uno

Provechosa Para Todo

Porque el ejercicio corporal para poco es provechoso, pero la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera.

1 Timoteo 4:8

No hay mayor halago para un cristiano que ser llamado una persona piadosa. Puede que sea un padre diligente, un colaborador comprometido con la iglesia, un portavoz enérgico de Cristo, o un líder cristiano talentoso, pero ninguna de estas cosas importa si, al mismo tiempo, él no es una persona piadosa.

Si bien las palabras *piadoso* y *piedad* solo aparecen un par de veces en el Nuevo Testamento, toda la Biblia es un libro sobre la piedad. Y cuando esas palabras aparecen explícitamente, están cargadas de significado e instrucción para nosotros.

Cuando Pablo quiere condensar la esencia de la vida cristiana en un párrafo corto, él se enfoca en la piedad. Dice que la gracia de Dios nos enseña que, «renunciando a la *impiedad* y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente» mientras esperamos la venida de nuestro Señor Jesucristo (Tito 2:11-13, énfasis añadido). Cuando Pablo piensa en la descripción de su propio trabajo como apóstol de Jesucristo, él explica que ha sido llamado para promover la fe de los escogidos de Dios y su conocimiento de la verdad que conduce a la *piedad* (cf. Tito 1:1).

En su primera carta a Timoteo, Pablo hace énfasis en la piedad. Debemos orar por los que están en autoridad, para

que podamos llevar vidas tranquilas y sosegadas en toda *piEDAD* y santidad. Debemos ejercitarnos para la *piEDAD*. Debemos seguir la *piEDAD* —*seguir* en términos de un esfuerzo implacable y perseverante. La *piEDAD* acompañada de contentamiento es descrita como una gran ganancia; y finalmente, la *piEDAD* para todo aprovecha, pues tiene promesa tanto para la vida presente como para la venidera.

Cuando Pedro, anticipando el día del Señor en que la tierra será destruida junto con todo lo que hay en ella, pregunta qué tipo de personas debemos ser nosotros, él responde que debemos llevar vidas santas y *piadosas* (cf. 2 Pedro 3:10–12). Aquí Pedro usa el evento más trascendental de toda la historia para impulsarnos en nuestro deber cristiano —vivir de forma santa y *piadosa*.

Sin duda, entonces, la *piEDAD* no es ningún lujo espiritual disponible para algunos cristianos pintorescos de una era pasada o para algún grupo de súper-santos hoy en día. Es tanto el privilegio como el deber de todo cristiano seguir la *piEDAD*, ejercitarse para la *piEDAD*, estudiar diligentemente la práctica de la *piEDAD*. No necesitamos ningún talento o instrumento especial. Dios nos ha dado a cada uno de nosotros todas las cosas que necesitamos para la vida y la *piEDAD* (2 Pedro 1:3). El cristiano más ordinario tiene todo lo que necesita, y el cristiano más hábil debe usar esos mismos medios en la práctica de la *piEDAD*.

Entonces ¿qué es la *piEDAD*? ¿Cuáles son las características de una persona *piadosa*? ¿Cómo llega alguien a ser *piadoso*? He hecho esta pregunta a diferentes personas: «¿Qué viene a tu mente cuando piensas en la *piEDAD*?». Las respuestas, aunque variadas, al final siempre apuntan a alguna idea del carácter cristiano, usando expresiones como «semejante a Dios», «semejante a Cristo» o «el fruto del Espíritu». La *piEDAD* ciertamente incluye el carácter cristiano, pero es más que eso. Hay otro aspecto de la

piEDAD que es aún más fundamental que el carácter cristiano. Es la base, de hecho, sobre la cual se construye el carácter cristiano.

Devoción en acción

La Biblia comienza a darnos algunas pistas sobre la piedad en sus primeras páginas. Génesis 5:21-24 habla de Enoc, el padre de Matusalén. En un brevísimo resumen de tres versículos sobre la vida de Enoc, Moisés lo describe dos veces como alguien que «caminó con Dios». El autor de Hebreos le da a Enoc un lugar en su gran galería de «héroes de la fe» en el capítulo 11, pero él ve a Enoc desde una perspectiva ligeramente distinta. Lo describe como alguien que «agradó a Dios». De modo que tenemos dos pistas importantes: Enoc caminó con Dios y Enoc agradó a Dios. Es evidente a partir de estas dos declaraciones que la vida de Enoc se centraba en Dios; Dios era el punto focal, la estrella polar de su existencia.

Enoc caminó con Dios, él disfrutó de una relación con Dios y él agradó a Dios. Podríamos decir acertadamente que él era devoto a Dios. Este es el significado de la piedad. La palabra para piedad en el Nuevo Testamento, en su sentido original, transmite la idea de una actitud personal hacia Dios que resulta en acciones agradables a Dios.¹ Esta actitud personal hacia Dios es lo que llamamos devoción a Dios. Pero siempre es *devoción en acción*. No es solo un sentimiento cálido de emoción por Dios, el tipo de sentimiento que podemos experimentar mientras cantamos un grandioso himno de alabanza o un coro de adoración moderno. Y la devoción a Dios tampoco es simplemente un tiempo de lectura bíblica y oración privadas, una práctica que a veces llamamos «devocionales». Aunque esta práctica es de vital importancia para una persona piadosa,

no debemos pensar que esto es lo que define nuestra devoción.

Enfocados en Dios

La devoción no es una actividad; es una actitud hacia Dios. Esta actitud está compuesta por tres elementos esenciales:

- El temor de Dios
- El amor de Dios
- El deseo de Dios

Veremos estos elementos en detalle en el capítulo 2, pero por ahora, observa que los tres elementos se enfocan en Dios. *La práctica de la piedad es un ejercicio o disciplina enfocado en Dios.* De esta actitud hacia Dios surgen un carácter y una conducta que usualmente identificamos como la piedad. Muy a menudo tratamos de desarrollar el carácter y la conducta cristianos sin tomarnos el tiempo de desarrollar una devoción centrada en Dios. Tratamos de agradar a Dios sin tomarnos el tiempo de caminar con Él y desarrollar una relación con Él. Pero es imposible hacer eso.

Considera los exigentes requisitos de un estilo de vida piadoso como lo expone William Law. Law usa la palabra *devoción* en un sentido amplio para referirse a todo lo que abarca la piedad — tanto acciones como actitud:

La devoción significa una vida entregada o dedicada a Dios. Por tanto, el hombre devoto [piadoso] es aquel que ya no vive según su propia voluntad, o el camino y espíritu del mundo, sino solamente según la voluntad de Dios, que considera a Dios en todo, que sirve a Dios en todo, que hace todas las partes de su vida cotidiana partes de piedad, al hacer todo en el nombre de Dios y bajo las reglas que se conforman a Su Gloria.²

En esta descripción que presenta Law, la piedad abarca absolutamente toda la vida de la persona piadosa. Nada queda excluido. Dios está en el centro de sus pensamientos. Sus deberes más ordinarios son hechos con la intención de glorificar a Dios. En las palabras de Pablo a los corintios, ya sea que coma o beba o cualquier cosa que haga, esta persona lo hace todo para la gloria de Dios (1 Corintios 10:31).

Ahora bien, es evidente que un estilo de vida centrado de tal manera en Dios no puede desarrollarse y mantenerse mientras no haya un fundamento sólido de devoción a Dios. Solo una fuerte relación personal con el Dios vivo puede evitar que ese compromiso se vuelva opresivo y legalista. Juan escribe que los mandamientos de Dios no son gravosos; una vida piadosa no es tediosa, pero esto es verdad solo porque una persona piadosa es ante todo devota a Dios.

La devoción a Dios, entonces, es la fuente del carácter piadoso. Y esta devoción es la única motivación para el comportamiento cristiano que agrada a Dios.

Esta motivación es lo que distingue a la persona piadosa de la persona moral o la persona benevolente o la persona fervorosa. La persona piadosa es moral, benevolente y fervorosa debido a su devoción a Dios. Y su vida adquiere una dimensión que refleja el sello mismo de Dios.

Es triste que muchos cristianos no se caractericen por tener esta aura de piedad. Puede que sean muy talentosos y amigables, o muy activos en la obra del Señor, o incluso aparentemente exitosos en algunas formas de servicio cristiano, y aun así no sean piadosos. ¿Por qué? Porque no están dedicados a Dios. Tal vez estén dedicados a una idea o a un ministerio o a su propia reputación como cristianos, pero no a Dios.

La piedad es más que el carácter cristiano; es el carácter cristiano que surge de la devoción a Dios. Pero también es cierto que la devoción a Dios *siempre* produce un carácter piadoso. A medida que estudiemos los tres elementos esenciales de la devoción en el siguiente capítulo, veremos que todos ellos, individual y colectivamente, deben expresarse en una vida que es agradable a Dios. Así que la definición de piedad que usaremos en este libro es la *devoción a Dios que da lugar a una vida agradable a Él.*

En los primeros capítulos de este libro nos concentraremos en esta devoción, buscando entender qué es y por qué produce el carácter cristiano. En los últimos capítulos consideraremos rasgos específicos del carácter piadoso. Pero nunca debemos perder de vista el hecho de que la devoción a Dios es la fuente del carácter cristiano y el único fundamento sobre el cual ese carácter puede ser construido eficazmente.

Capítulo dos

Devoción A Dios

¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? Pues sólo tú eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán, porque tus juicios se han manifestado.

Apocalipsis 15:4

Enoc caminó con Dios y Enoc agradó a Dios. Que caminara con Dios habla de su relación con Dios o su devoción a Dios; que agradara a Dios habla del comportamiento que surgió de esa relación. Es imposible construir un patrón de comportamiento cristiano sin el fundamento de una devoción a Dios. La práctica de la piedad es ante todo cultivar una relación con Dios y a partir de ello cultivar una vida agradable a Dios. Nuestro concepto de Dios y nuestra relación con Él determinan nuestra conducta.

Ya hemos visto que la devoción a Dios consiste en tres elementos esenciales: el temor de Dios, el amor de Dios y el deseo de Dios. Piensa en un triángulo que represente la devoción a Dios, con cada uno de estos elementos en una de las tres puntas.

El temor de Dios y el amor de Dios forman la base del triángulo, mientras que el deseo de Dios se encuentra en el ápice. A medida que estudiemos estos elementos de manera individual, veremos que el temor de Dios y el amor de Dios forman el fundamento de la verdadera devoción a Dios, mientras que el deseo de Dios es la máxima expresión de esa devoción.



El cristiano temeroso de Dios

El difunto profesor John Murray dijo: «El temor de Dios es el alma de la piedad».³ Sin embargo, el temor de Dios es un concepto que a muchos cristianos en la actualidad les parece anticuado y arcaico. En otro tiempo un creyente sincero tal vez habría sido conocido como «un hombre temeroso de Dios». Hoy en día probablemente nos avergonzaría esa expresión. Algunos parecen pensar que el temor de Dios es un concepto estrictamente del Antiguo Testamento que quedó atrás con la revelación del amor de Dios en Cristo. Al fin y al cabo, ¿no es cierto que el perfecto amor echa fuera el temor, como declara Juan en 1 Juan 4:18?

Si bien es verdad que el concepto del temor de Dios es abordado más ampliamente en el Antiguo Testamento, sería un error asumir que este no es importante en el Nuevo Testamento. Una de las bendiciones del nuevo pacto es la implantación del temor del Señor en los corazones de los creyentes. En Jeremías 32:40, Dios dijo: «Y haré con ellos pacto eterno, que no me volveré atrás de hacerles bien, y pondré *mi temor* en el corazón de ellos, para que no se aparten de mí» (énfasis añadido).

«Nada podría ser más importante», comentó John Murray, «que el hecho de que el temor del Señor debe ir acompañado del consuelo del Espíritu Santo como características de la iglesia del Nuevo Testamento:

“Entonces las iglesias (...) eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo” (Hechos 9:31)». ⁴ Tanto Pablo como Pedro usan el temor del Señor como motivación para vivir justa y santamente. ⁵ El ejemplo del mismo Señor Jesús, de quien Isaías dijo: «Se deleitará en el temor del SEÑOR» (11:3 LBLA), debería eliminar cualquier duda. Si Jesús en Su humanidad se deleitó en el temor de Dios, nosotros sin duda necesitamos pensar seriamente en cultivar esta actitud en nuestras vidas.

Tal vez algo de la aversión a la frase «temor de Dios» se debe en parte a un entendimiento equivocado de lo que significa. La Biblia usa el término «temor de Dios» en dos formas distintas: una se refiere al miedo lleno de ansiedad, y la otra a la veneración, reverencia y admiración. El temor como miedo ansioso surge al darnos cuenta del juicio inminente de Dios por el pecado. Cuando Adán pecó, él se escondió de Dios porque estaba asustado. Aunque este aspecto del temor de Dios debería caracterizar a toda persona inconversa que vive cada día siendo objeto de la ira de Dios, rara vez sucede así. La acusación final de Pablo contra la humanidad impía fue: «No hay temor de Dios delante de sus ojos» (Romanos 3:18).

El cristiano ha sido librado del temor a la ira de Dios (ver 1 Juan 4:18). Pero el cristiano no ha sido librado de la *disciplina* de Dios contra su conducta pecaminosa, y en ese sentido él todavía teme a Dios. Él se ocupa de su salvación con temor y temblor (cf. Filipenses 2:12); vive su vida aquí como un peregrino con temor reverente (cf. 1 Pedro 1:17).

Para el hijo de Dios, sin embargo, el significado principal del temor de Dios es veneración y honra, reverencia y admiración. Murray dice que este temor es el alma de la piedad. Es la actitud que despierta en nuestros corazones

adoración, amor y reverencia. Esta no se enfoca en la ira de Dios sino en la majestad, la santidad y la gloria trascendente de Dios. Podría compararse con la admiración que un ciudadano ordinario pero leal sentiría al estar cerca de su rey terrenal, aunque esa admiración ante un potentado terrenal solo puede asemejarse remotamente a la admiración que deberíamos sentir hacia Dios, el único y bendito Gobernador, el Rey de reyes y Señor de señores.

Los seres angelicales de la visión de Isaías en el capítulo 6 demostraron esta admiración cuando, con dos de sus alas, cubrían sus rostros en la presencia del excelso Señor. Vemos esta misma admiración en Isaías y en Pedro cuando cada uno de ellos se dio cuenta de que estaba en presencia de un Dios santo. La vemos con total intensidad en la reacción del amado discípulo Juan en Apocalipsis 1:17, cuando vio a su Maestro en la plenitud de Su gloria y majestad celestiales y cayó como muerto a Sus pies.

Es imposible ser devoto a Dios si uno no tiene un corazón lleno del temor de Dios. Este profundo sentido de veneración y honra, reverencia y admiración, es lo que provoca en nuestros corazones la alabanza y adoración que caracterizan la verdadera devoción a Dios. El cristiano reverente y piadoso ve a Dios primero en Su gloria trascendente, majestad y santidad antes de verlo en Su amor, misericordia y gracia.

En el corazón de la persona piadosa existe una tensión saludable entre admirar con reverencia a Dios en Su gloria y confiar como un niño en Dios el Padre celestial. Sin esta tensión, la confianza filial de un cristiano puede degenerar fácilmente en presunción.

Uno de los pecados más graves de los cristianos en la actualidad probablemente es la familiaridad casi irreverente con la cual a menudo nos dirigimos a Dios en

oración. Ninguno de los hombres piadosos de la Biblia adoptó la actitud casual que nosotros adoptamos frecuentemente. Ellos siempre se dirigían a Dios con reverencia. El mismo escritor que nos dice que podemos entrar confiadamente al Lugar Santísimo, la sala del trono de Dios, también nos dice que debemos adorar a Dios de forma aceptable, con temor y reverencia, «porque nuestro Dios es fuego consumidor» (Hebreos 10:19; 12:28-29). El mismo Pablo que nos dice que el Espíritu Santo morando en nuestro interior nos hace clamar «¡*Abba*, Padre!», también nos dice que este mismo Dios «habita en luz inaccesible» (Romanos 8:15; 1 Timoteo 6:16).

En nuestra época tenemos que empezar a recobrar un sentido de admiración y profunda reverencia por Dios. Tenemos que empezar a verlo otra vez en la majestad infinita que le pertenece solo a Él que es el Creador y Gobernador Supremo del universo entero. Hay una brecha infinita de valor y dignidad entre Dios el Creador y el hombre como creatura, a pesar de que el hombre haya sido creado a imagen de Dios. El temor de Dios es un reconocimiento sincero de esta brecha —no un insulto al hombre, sino una exaltación de Dios.

Incluso los redimidos que están en el cielo temen al Señor. En Apocalipsis 15:3-4, ellos entonan triunfantes el cántico de Moisés el siervo de Dios y el cántico del Cordero:

Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos. ¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? pues sólo tú eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán, porque tus juicios se han manifestado.

Observa que ellos enfocan su veneración en los atributos del poder, la justicia y la santidad de Dios. Estos atributos,

que manifiestan de manera particular la majestad de Dios, son los que deben generar en nuestros corazones una reverencia a Él. Esta misma reverencia la expresaron los hijos de Israel cuando vieron el gran poder de Dios manifestado en contra de los egipcios. Éxodo 14:31 dice: «El pueblo temió a Jehová, y creyeron a Jehová y a Moisés su siervo». Junto con Moisés, ellos entonaron una canción de adoración y gratitud. La esencia de esa canción se encuentra en el versículo 15:11: «¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad, terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios?». Temer a Dios es confesar Su absoluta singularidad —reconocer Su majestad, santidad, grandeza, gloria y poder.

Las palabras no nos bastan para describir la gloria infinita de Dios que aparece retratada en la Biblia. E incluso ese retrato es borroso y opaco, pues por ahora vemos apenas un débil reflejo de Él. Pero un día le veremos cara a cara, y entonces le temeremos en el sentido pleno de esa palabra. Por tanto, no es sorprendente que Pedro, teniendo en mente ese día, nos diga que vivamos de forma santa y piadosa ahora. Dios está en el proceso de prepararnos para el cielo, para habitar con Él eternamente. Por eso Él desea que crezcamos tanto en santidad como en piedad. Él quiere que seamos como Él y lo veneremos y adoremos por toda la eternidad. Tenemos que estar aprendiendo a hacer eso ahora.

En nuestros días parece que hemos magnificado el amor de Dios casi al punto de excluir el temor de Dios. Debido a esta fijación, no estamos honrando a Dios ni reverenciándolo como debemos. Ciertamente deberíamos magnificar el amor de Dios, pero aunque nos gocemos en Su amor y misericordia, nunca debemos perder de vista Su majestad y Su santidad.

Un concepto adecuado del temor de Dios no solo nos llevará a adorarlo correctamente, sino que también regulará nuestra conducta. Como dice John Murray: «Lo que adoramos o a quien adoramos determina nuestro comportamiento».⁶ El pastor Albert N. Martin ha dicho que los elementos esenciales del temor de Dios son (1) conceptos correctos del carácter de Dios, (2) un reconocimiento constante de la presencia de Dios y (3) una consciencia permanente de nuestra obligación hacia Dios.⁷ Si tenemos cierta comprensión de la infinita santidad de Dios y Su odio hacia el pecado, junto con una percepción permanente de la presencia de Dios en todas nuestras acciones e incluso nuestros pensamientos, entonces ese temor de Dios tiene que influir en nuestra conducta y regularla. Así como la obediencia al Señor es una señal de nuestro amor por Él, esta también es una prueba de nuestro temor de Dios. «[Temerás] a Jehová tu Dios, guardando todos sus estatutos y sus mandamientos» (Deuteronomio 6:2).

Levítico 19 contiene una serie de leyes y regulaciones que la nación de Israel debía obedecer en la Tierra Prometida. Ese es el capítulo del cual Jesús citó el conocido segundo mandamiento del amor: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (v. 18; ver también Mateo 22:39). La expresión «Yo Jehová» o «Yo Jehová vuestro Dios» aparece dieciséis veces en Levítico 19. Por medio de esta repetición frecuente de Su nombre sagrado, Dios recuerda al pueblo de Israel que su obediencia a Sus leyes y regulaciones debe fluir de una reverencia y temor a Él.

El temor de Dios debe ser una de las principales motivaciones para obedecerle, y debe generar esa obediencia. Si nosotros de verdad reverenciamos a Dios, vamos a obedecerle, puesto que todo acto de desobediencia es una afrenta a Su dignidad y majestad.

Sobrecogidos por el amor de Dios

Solo el cristiano temeroso de Dios puede apreciar verdaderamente el amor de Dios. Él ve el abismo infinito entre un Dios santo y una creatura pecadora, y el amor que hizo posible cerrar esa brecha enorme a través de la muerte del Señor Jesucristo. El amor de Dios por nosotros tiene muchas facetas, pero Él lo demostró de manera suprema al enviar a Su Hijo a morir por nuestros pecados. Todos los otros aspectos de Su amor son secundarios y, de hecho, se hacen posibles para nosotros a través de la muerte de Cristo.

El apóstol Juan dice: «Dios es amor» (1 Juan 4:8). Él explica esta declaración diciendo: «En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados» (1 Juan 4:9-10). Ese concepto de «propiciación» hace referencia al sacrificio que apartó la ira de Dios al quitar nuestros pecados.

La persona verdaderamente piadosa nunca olvida que en otro tiempo fue objeto de la ira santa y justa de Dios. Nunca olvida que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y siente, junto con Pablo, que es el peor de los pecadores. Pero entonces al mirar a la cruz, ve que Jesús fue su sacrificio expiatorio. Ve que Jesús cargó sus pecados en Su propio cuerpo y que la ira de Dios —la ira que él como pecador debería haber soportado— fue derramada completa y totalmente sobre el Santo Hijo de Dios. Y es bajo esta perspectiva del Calvario que la persona piadosa ve el amor de Dios.

El amor de Dios no tiene ningún significado separado del Calvario. Y el Calvario no tiene ningún significado separado

de la ira santa y justa de Dios. Jesús no murió solo para darnos paz y propósito en la vida; Él murió para salvarnos de la ira de Dios. Él murió para reconciliarnos con un Dios santo que estaba alejado de nosotros por causa de nuestro pecado. Él murió para rescatarnos de la condena por el pecado —el castigo de destrucción eterna, apartados de la presencia del Señor. Él murió para que nosotros, que éramos justamente objetos de la ira de Dios, fuéramos hechos, por Su gracia, herederos de Dios y coherederos con Él.

La medida en que apreciamos el amor de Dios está condicionada por la profundidad con que tememos a Dios. Cuanto más veamos a Dios en Su majestad infinita, santidad y gloria trascendente, estaremos más maravillados y asombrados al contemplar Su amor derramado en el Calvario. Pero también es cierto que entre más profunda sea nuestra percepción del amor de Dios por nosotros en Cristo, más profunda será nuestra reverencia y admiración hacia Él. Debemos ver a Dios en la gloria de todos Sus atributos —tanto Su bondad como Su santidad— para poder atribuirle la gloria y honor y reverencia que Él merece. El salmista capturó esta verdad cuando dijo a Dios: «Señor, si tú tuvieras en cuenta las iniquidades, ¿quién, oh Señor, podría permanecer? Pero en ti hay perdón, para que seas temido» (Salmo 130:3-4 LBLA). Él adoraba a Dios con reverencia y admiración por causa de Su perdón. En nuestra práctica de la piedad, entonces, debemos buscar crecer tanto en el temor de Dios como en una comprensión cada vez mayor del amor de Dios. Estos dos elementos juntos constituyen el fundamento de nuestra devoción a Dios.

Esta consciencia del amor de Dios por nosotros en Cristo debe ser *personalizada* a fin de que se convierta en uno de los ángulos fundamentales de nuestro «triángulo de

devoción» a Dios. No es suficiente con creer que Dios amó al mundo; yo debo asombrarme al reconocer que Dios me ama a *mí*, una persona específica. Esta consciencia de Su amor individual es lo que mueve nuestros corazones en devoción a Él.

Hubo un tiempo al comienzo de mi vida cristiana en el cual mi concepción del amor de Dios era poco más que una deducción lógica: Dios ama al mundo; yo soy parte del mundo; por tanto, Dios me ama. Era como si el amor de Dios fuera una gran sombrilla para protegernos a todos de Su juicio contra el pecado, y yo estuviera bajo la sombrilla junto con otros miles de seres humanos. No era algo particularmente personal en ningún sentido. Luego un día entendí que «¡Dios *me* ama! Cristo murió por *mí*”.

Nuestra consciencia del amor de Dios por nosotros también debe crecer continuamente. A medida que maduramos en la vida cristiana, somos cada vez más conscientes de la santidad de Dios y de nuestra propia pecaminosidad. En la primera carta de Pablo a Timoteo, el apóstol reflexiona sobre la misericordia de Dios al llamarlo para el ministerio del evangelio. Él recuerda que antes fue un hombre blasfemo, perseguidor y violento. Esta descripción ya no es aplicable a Pablo; todo está escrito en pasado.

Pero mientras continúa reflexionando sobre la gracia de Dios, él pasa, al parecer casi sin darse cuenta, a hablar sobre su experiencia en tiempo presente. «Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero» (1:15). Él ya no está pensando en su pasado como perseguidor de Cristo. Ahora está pensando en su experiencia cotidiana actual como un creyente que no alcanza a conformarse a la voluntad de Dios para él. Él no piensa en otros cristianos, que como sabemos estaban muy lejos de Pablo en su devoción a Dios y su desarrollo del carácter piadoso. Pablo nunca desperdicia tiempo tratando

de sentirse bien consigo mismo al compararse de manera favorable con cristianos menos maduros. Él se compara con el estándar de Dios, y en consecuencia se ve a sí mismo como el peor de los pecadores.

A través de esta percepción presente de su pecaminosidad, Pablo ve el amor de Dios por él. Cuanto más crece en su conocimiento de la perfecta voluntad de Dios, más ve su propia pecaminosidad y comprende más el amor de Dios al enviar a Cristo a morir por él. Y cuanto más ve el amor de Dios, su corazón se despliega más en devoción y adoración a Aquel que lo amó tanto.

Para que el amor de Dios por nosotros sea una sólida piedra fundamental de devoción, tenemos que reconocer que Su amor es enteramente por gracia —que reposa completamente sobre la obra de Jesucristo y fluye hacia nosotros a través de nuestra unión con Él. Por esta causa Su amor nunca puede cambiar, independientemente de lo que nosotros hagamos. En nuestra experiencia diaria, tenemos todo tipo de altibajos espirituales —pecados, fallas, desaliento— que nos hacen cuestionar el amor de Dios. Eso pasa porque seguimos pensando que el amor de Dios es de alguna manera condicional. Nos asusta pensar que Su amor está basado enteramente en la obra culminada de Cristo a nuestro favor.

En lo profundo de nuestras almas tenemos que abrazar la verdad maravillosa de que nuestras fallas espirituales no afectan el amor de Dios por nosotros en lo más mínimo— que Su amor por nosotros no fluctúa según nuestra experiencia. Debemos ser sobrecogidos por la verdad de que somos aceptados por Dios y amados por Dios únicamente por razón de estar unidos a Su Hijo Amado. Como dice Efesios 1:6, Él «nos hizo aceptos en el Amado».

Por eso Pablo podía regocijarse enormemente en el amor de Dios. Escucha el tono triunfal de su voz en Romanos 8 cuando hace estas preguntas:

- «Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?»
- «¿Quién acusará a los escogidos de Dios?»
- «¿Quién es el que condenará?»
- «¿Quién nos separará del amor de Cristo?»

Y escucha luego su eufórica conclusión cuando dice: «Por lo cual estoy seguro de que (...) [nada] (...) nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro».

¿Acaso esta comprensión del amor personal e incondicional de Dios por nosotros en Cristo conduce a una vida irresponsable? Para nada. En cambio, esa consciencia de Su amor nos estimula a una devoción a Dios cada vez mayor. Y esta devoción es activa; no es simplemente un sentimiento cálido y afectuoso hacia Dios.

Pablo declaró que el amor de Dios por nosotros lo constreñía a vivir no para sí mismo sino para Aquel que murió por nosotros y resucitó (cf. 2 Corintios 5:14-15). La palabra «constreñir» que usó Pablo es un verbo muy fuerte. Significa presionar por todas partes e impulsar o forzar a alguien para que actúe de cierta forma. Probablemente no muchos cristianos pueden identificarse con Pablo en cuanto a la profundidad de su motivación, pero ciertamente esta debería ser nuestra meta. Esta es la fuerza apremiante que el amor de Dios debe ejercer sobre nosotros.

Juan habla de forma similar sobre la fuerza apremiante del amor de Dios cuando dice: «Nosotros amamos, porque Él nos amó primero» (1 Juan 4:19 LBLA). Ya sea que Juan estuviera pensando en el amor a Dios o el amor a otras